

Hablando a los Corazones de Jesús y de María

Alberto Toutin ssc
Superior General

INFO SSCC Hermanos No 144 – 1 de junio 2020

Queridos hermanos:

Un fraternal saludo desde Chile donde Fernando y yo nos encontramos confinados en espera de nuestro regreso a Roma. Hemos estado en la casa Provincial en Santiago, lo que nos ha permitido estar más cerca de nuestros hermanos mayores y enfermos.

También sentimos y vemos, por un lado, todos los esfuerzos sanitarios que, como en otros países, se hacen por contener el avance de la pandemia. Y por otro, hacer frente a las crecientes necesidades de alimento, de reencuentro con los cercanos, de dinero, que aparecen tras largos días de cuarentena. Múltiples iniciativas tanto del estado como de la ciudadanía se han puesto en marcha para venir en ayuda de los más necesitados.

Por la comunicación que he tenido y hemos recibido en estos días, he visto con alegría las numerosas iniciativas que los hermanos y hermanas de la Congregación han tomado para acompañar a las personas más vulnerables: desde cartas y llamados telefónicos a personas solas hasta la apertura de cocinas donde se preparan y se distribuyen alimentos. Estamos conmovidos por el sufrimiento de tantas personas y eso nos mueve a poner nuestras energías y recursos al servicio de las personas. Allí se manifiesta la cercanía y la ternura activa de Dios, poniendo también lo mejor de nosotros mismos.



Un hermano en oración en la iglesia de la Santa Cruz de Ivry Port (Francia)

El Corazón de Jesús que nos habla

Durante este tiempo de confinamiento la lectura de la Palabra y la celebración de la eucaristía en nuestras comunidades, nos han permitido saborear tal vez de otro modo lo que el Corazón de Jesús y su Espíritu nos dice.

La liturgia durante este tiempo Pascual nos ha permitido oír en nuestro corazón las palabras llenas de autoridad de Jesús en el Evangelio de Juan, hablándoles a sus discípulos, acompañándolos en sus incomprensiones y oscuridades y transmitiéndoles la certeza de su apoyo a través de su Espíritu consolador. Durante este mismo tiempo litúrgico, la lectura de los Hechos de los Apóstoles nos ha puesto ante el dinamismo de la Iglesia naciente que responde a

los innumerables desafíos internos y externos que debió enfrentar, asistida por la certeza del Espíritu de Jesús que precede, sostiene y que lleva a término sus empeños evangelizadores.

Nos viene bien entonces el situarnos como hombres creyentes a la escucha de la Palabra, dejándonos transformar por ella. Somos como los discípulos del Evangelio de Juan que, a veces, no entendemos lo que Jesús nos dice, nuestras expectativas otras veces, nos impiden acoger al Señor que nos está hablando aquí y ahora, en el eco de la Palabra en cada uno, en los hermanos, en los acontecimientos de nuestro mundo, en la naturaleza. Y también es una buena noticia el saber que la asistencia del Espíritu de Jesús a las comunidades cristianas de la Iglesia naciente también está actuando en nosotros y más allá de nosotros, que da lucidez para enfrentar las inevitables tensiones y conflictos que surgen en una comunidad viva, que suscita los dones y ministerios que se requiere para la edificación de la comunidad. Nosotros somos además parte de esa comunidad viva de la Iglesia, que camina con tantos hermanos y hermanas y con tantos otros en los que también ya está actuando el Espíritu. Lo mejor de nosotros como hombres creyentes, como religiosos y como pastores surge cuando nos hacemos disponibles a servir a la Iglesia y entramos en la dinámica del Espíritu de Jesús que la sostiene.

Hablemos al Corazón de Jesús y de María

En este mes en que celebramos los Corazones de Jesús y de María nos viene bien el que volvamos a ellos para hablarles, de corazón a corazón, presentándole el impacto que esta situación de pandemia tiene en las personas que conocemos y también más allá, en nuestro mundo y en nuestro planeta, y confiándole nuestros propios miedos, oscuridades, deseos de hacernos disponibles a las necesidades de la Iglesia y de nuestro mundo.

“Les invito a que, en este mes, nos dediquemos especialmente a hablarle al Corazón de Jesús y de María”

Les invito a que, en este mes, nos dediquemos especialmente a hablarle al Corazón de Jesús y de María, en nuestra oración o adoración, en el compartir la Palabra de Dios, durante la misa. Hagámoslo con simplicidad de corazón, colocando los rostros y las situaciones de personas que se nos han confiado o que conocemos. No olvidemos a

nuestros hermanos y hermanas de comunidad, los que queremos bien y los que nos son más difícil de aceptar. Digámosle al Señor: “Son tuyos y tú me los confiaste y a través de ellos me has querido acompañar y hablar”. Que nuestras palabras al Corazón de Jesús y al Corazón de María se vuelvan tan simples y urgentes como decía el Buen Padre, como las de los mendigos que piden limosna o el pan.

Y sepamos que cuando le hablamos al Corazón de Jesús y de María en nuestras capillas o en nuestro cuarto, allí nunca estamos solos, sino que estamos en nombre de toda la Congregación y de la humanidad entera, expresada en los nombres y rostros que les presentamos o incluso en nuestros silencios y torpores.

El 20 de mayo en Tokio, falleció el anterior superior general de la Compañía de Jesús, Padre Adolfo Nicolás (1934-2020). Tras un tiempo de ejercicios espirituales, meditando el evangelio de Juan 21, le hablaba así al Corazón de Jesús:

“Señor Jesús,

¿Qué flaquezas has visto en nosotros que te han decidido a llamarnos, a pesar de todo, a colaborar en tu misión?”.

Ayudados por esta palabra o con otras que surjan de tu corazón o del corazón de la humanidad en espera de salud y salvación, podemos entrar en este diálogo con el Corazón de Jesús.

También hablemos con el Corazón de María, con la confianza discipular y filial con el que nuestro Fundador invitaba a sus hermanos y hermanas a dirigirse a ella:

“Necesitamos recurrir a ella, cuando Dios se retira, en nuestras penas y en nuestras desolaciones, en nuestras infidelidades. Ella orará por nosotros si la invocamos en vez de desolarnos” (Buen Padre, Carta Circular 14 abril 1817).

“También hablemos con el Corazón de María, con la confianza discipular y filial”

Podemos hacer nuestras las palabras de la súplica a la Virgen del Camino

“Oh Madre de la piedad, que has puesto con amor el cuerpo de tu Señor en el establo de Belén para que se convirtiera en pan para la humanidad y con igual ternura lo pusiste en el sepulcro para que, como el grano de trigo caído en tierra, diese fruto de vida nueva, enséñanos a despojarnos del hombre viejo y sus pasiones para revestirnos del hombre nuevo”.

Que los Corazones de Jesús y de María nos sostengan y hagan de nosotros sus hijos e hijas agradecidos.

Fraternalmente,

Alberto Toutin ssc
Superior General